

El jefe republicano contestó en los siguientes dignos y enérgicos términos, que con placer reproducimos:

“Huauchinango, Agosto 25 de 1863.—Sr. Coronel de la Canorgue.—Señor Coronel.—He leído la carta de fecha 22 del corriente en que me hace Ud. la invitación más oprobiosa. No es extraño, Señor Coronel, que haya sido Ud. engañado por los traidores que le aseguraron que deseaba rendirme á Udes., cuando el mismo Gobierno Francés ha sido sorprendido de igual modo por los hombres más degradados de México, al hacerle creer que la Nación toda aceptaría la intervención extranjera.

“Dice Ud. que no tema á nadie; con más razón puede decirlo un pueblo que defiende su libertad, por la que ha derramado y seguirá derramando hasta salvarse, sangre y más sangre. ¿Qué es un ejército, por más poderoso que se le suponga, contra un pueblo que quiere ser libre?

“Si juzga Ud. que por guardar mi empleo observo la conducta de todo buen ciudadano, padece otro error Sr. Coronel. Como simple soldado serviré á mi patria; mas ni de Mariscal estaría al lado de los traidores.

“El juramento que he prestado, es el de combatir contra la Intervención y contra el Imperio. El ejército francés conoce ya bastante que si hay algunos viles mexicanos que ven á sangre fría los azotes y la muerte que dan á sus hermanos, verdugos extranjeros, abundan los hijos fieles de la República, que no se humillan jamás, que saben defender con valor la independencia y soberanía del país, y que tarde ó temprano castigarán tan escandalosos atentados.

“Me es grato, sin embargo, protestar á Ud. en lo particular, las seguridades de mi aprecio.—*Miguel Negrete.*”

No habiendo podido la seducción quebrantar la fe del caudillo republicano, se resolvió atacarlo decididamente en sus posiciones: éste había practicado una expedición hacia todos los puntos de la línea Norte de su mando, con el objeto de inspeccionarla y acordar lo conveniente para el buen éxito de la campaña; y de regreso á su Cuartel General, á principio de Septiembre, el Barón Aymard, Coronel del 62º de línea, fué el encargado de batirlo, poniéndose de acuerdo con el General Liceaga que ocupaba el pueblo de Apam, y con el Coronel de la Canorgue, que de regreso de su infructuosa expedición á Zacatlán se hallaba con su tropa en Tlaxcala.

El jefe mexicano acudió puntualmente á la cita, para lo cual se situó con sus fuerzas en el referido Zacatlán, y su invitante con una fuerte columna francesa avanzó hacia Huauchinango, procedente de la ciudad de Tulancingo.

Negrete tomó sus disposiciones, colocando de antemano sus tropas, en número como de dos mil hombres, en su mayor parte de infantería, en el punto llamado “Necaxa,” posición ventajosa, defendida por el frente por un caudaloso río, y á los lados por los flancos de montañas inaccesibles, y por barrancas de una profundidad asombrosa que convierten el lugar, tan bien defendido por la naturaleza, en una imponente y formidable *ciudadela*, muy difícil de ser tomada aun con elementos y recursos superiores.

Colocó después á la entrada de la población (Huauchinango), y como avanzada, en el paraje llamado “La Venta,” distante una legua al Occidente, la caballería que constaba, como ya hemos dicho, de un pequeño escuadrón de Tepexi de la Seda, al mando de su denodado comandante C. Luis Cabrera, y de un piquete que formaba, ó más bien, servía de escolta al General y que estaba al inmediato mando del Coronel Padilla.

Tomadas estas disposiciones, se esperó el ataque. La fuerza invasora pernoctó el primer día de marcha en la vecina población de Acaxochitlán; pero hizo avanzar su vanguardia, compuesta de cien hombres de caballería, de los traidores de Chignahuapan, perfectamente montados y armados, y muy conocedores del terreno, en dirección al lugar donde se hallaba la avanzada republicana: ésta fué sorprendida y atacada vigorosamente de manera tal, que á los pocos momentos de la refriega era derrotada, emprendiendo los restos dispersos una precipitada fuga hacia la plaza, donde se creyó que se tenía al frente á toda la columna francesa.

Cabrera, el bizarro Comandante, sucumbió en la pelea, lo mismo que otros más de sus heroicos compañeros que quedaron tendidos en el campo, lo mismo que los heridos: el enemigo se retiró hacia la Hacienda de Apapaxtla, donde pasó la noche.

A la mañana siguiente, los franceses ocuparon la población, evacuada desde la víspera por las tropas que la guarnecían: un grupo de ciudadanos, organizado en “partida suelta,” y al mando del oficial Juan Galindo, notable por su valor y arrojo, lo estuvo hostili-

zando á su entrada, lo mismo que durante el resto del día y los siguientes que permaneció en la plaza; y la población en conjunto ó sea sus pacíficos moradores, se dispersaron por todas partes, buscando refugio en los bosques y barrancas, temerosos de la zafia y brutal tratamiento de los *civilizados* invasores.

Estos permanecieron algunos días en la ciudad invadida, y aun trataron de hacer algo como una tentativa ó simulacro de ataque; mas intimidados por lo grandioso é imponente de aquellas tan abruptas posiciones, regresaron el 6 de Septiembre al punto de partida, sin haber obtenido nada de provecho, y alegando como disculpa, para el mal éxito de la empresa, que Aymard *dizque* no supo la llegada de Liceaga á Zacatlán, pues la comunicación en que éste se lo decía, la interceptó el enemigo, y aquél, creyéndose solo, halló más oportuno retroceder, como lo verificó, según lo tenemos asentado.¹

Así terminó la famosa expedición emprendida para desalojar á Negrete de sus posiciones de Necaxa, y destruir aquel poderoso centro de acción; y mientras se pretendía realizar tal hecho, que ofrecía serias dificultades para conducirlo á buen término, el general Brincourt, Comandante Superior de Puebla, mandaba una columna de siete compañías del 2º de zuavos, al mando del comandante Lalanne, sobre Zacapoaxtla, que fué tomada el 12 de Septiembre después de un reñido combate, para ser evacuada poco después.

Todo indicaba que el país se hallaba en plena lucha, agredido bárbaramente por una nación poderosa, y que cada día que pasaba, con hechos fehacientes y de una elocuencia aterradora, desmentía el ligero y audaz aserto de Forey, *de que la cuestión militar estaba concluida, quedando sólo la política.*

En tan críticos momentos, puede decirse, se aproximaba el aniversario de la proclamación de la independencia, suceso que despertaba un grande entusiasmo entre los patriotas que á la sazón la defendían con las armas en la mano.

¹ El barón de Aymard, coronel del 62º de línea, y que, según llevamos dicho, mandaba la expedición, para paliar la fuga precipitada que emprendió, aseguró en nota dirigida al Prefecto de Tulancingo, "que abandonó el proyecto de atacar á Negrete en su posición de "Necaxa," en razón de lo intransitable de los caminos, á consecuencia de las incesantes lluvias;" pero lo cierto fué que fracasó en la empresa, teniendo que retirarse sin ver siquiera el lugar donde se hallaba el enemigo.

Huachinango se distinguió en esa serie de manifestaciones, que patentizaban hasta la evidencia el alto nivel en que se hallaba el espíritu público á tal respecto, sobresaliendo entre ellas un simulacro de guerra que verificaron las tropas de la guarnición, en la plaza principal, y un suntuoso baile que la población ofreció al General Negrete y á sus valientes subordinados, en el cual las señoritas se presentaron ataviadas sencilla pero elegantemente, ostentando en el pecho bandas tricolores, con lemas patrióticos alusivos á las circunstancias.

Se sirvió un espléndido banquete, y á la hora de los brindis las explosiones de sentimiento se desbordaron en una especie de ola entusiasta y arrebatadora, que invadió todos los corazones, pronunciándose con enternecimiento y veneración el nombre augusto de la patria, y el de sus distinguidos y preclaros defensores, que recibieron en aquella reunión íntima caldeada por el fuego de las grandes pasiones y avivada por el brillo y refulgencia de las bellas hijas de la Sierra, una ovación purísima, completa, absoluta, unida á la protesta solemne de combatir sin tregua y sin descanso en contra del invasor.

Pocos días después el General Negrete, que disfrutaba de tantas simpatías en el rumbo, donde era demasiado conocido, obedeciendo á órdenes superiores, emprendió la marcha hacia la ciudad de San Luis Potosí, residencia de los Supremos Poderes de la Nación, llevándose una respetable sección de tropas que atravesó una gran parte del territorio de la República.

Quedó encargado del mando interinamente, el General Don Rafael Cravioto, hijo de la localidad, en la que gozaba de prestigio, el cual esperaba emplear ventajosamente para continuar la campaña.

Esta seguía con ardor, especialmente en la Sierra Norte del Estado de Puebla, donde el sentimiento de libertad se hacía más patente y podía manifestarse en toda su plenitud.

Los serranos se preparaban á continuar la lucha, puede decirse, en su domicilio: tenían dadas irrefragables pruebas de su entereza y civismo, desde hacía mucho tiempo, pudiendo dar testimonio de ello, y refiriéndonos á épocas recientes, en la "Guerra de Reforma:" Cruz Blanca, Veracruz, Filipinas, Necaxa, Ayotla, Tlatem-

pa, Tlaxco, Huamantla, Zacapoaxtla, Cumbres de Acultzingo, Pachuca, Tulancingo y otros lugares; y en la de Intervención, contra la que se estaba combatiendo: Acultzingo, "5 de Mayo" y Sitio memorable de Zaragoza, el inolvidable año de 1863.

En todos esos episodios de nuestras guerras, se les vió acudir serenos y resueltos á la defensa de los grandes principios de Progreso, Reforma é Independencia; y en la campaña que se preparaba y que era la digna continuación de la que la República venía sosteniendo contra la invasión extranjera y sus aliados, iban á desplegar cualidades y dotes de valor, dignidad y patriotismo, que habían de darles justa y legítima celebridad.

El campo estaba abierto; y los caudillos montañeses Dimas López, Bonilla, Méndez, Márquez Galindo, Ramírez, Juan Francisco Lucas y Andrade Párraga, que descollaban en primer término entre aquella respetable pero simpática pléyade de republicanos, ardientes y decididos, esperaban arma al brazo el comienzo de las nuevas hostilidades que iban á dar un carácter feroz á la lucha, pero que habían de dejar como merecida recompensa, después de mil amargas peripecias, la reivindicación del derecho, la apoteosis del patriotismo, la victoria de la libertad, el triunfo espléndido de nuestra idolatrada patria.

Atendiendo á lo que antecede, la iniciativa armada procedió del campo enemigo, siendo uno de los principales hechos de armas, además de los que dejamos consignados, el asalto y toma de la plaza de Zacatlán en donde mandaba el Coronel Agustín Cravioto.

Envalentonados los traidores de Chignahuapan por los triunfos obtenidos por sus protectores los franceses, volvieron á la lucha con nuevos bríos y más ferocidad, haciendo el blanco de sus iras como en la "Guerra de Reforma," á esa población eminentemente progresista, objeto de su encono y de un odio reconcentrado, que el tiempo y los acontecimientos no habían hecho más que aumentar.

Serviales también en esta vez como punto de auxilio y de refugio la ciudad de Tulancingo, marcadamente hostil á las instituciones republicanas y democráticas, y la cual había sido ocupada por fuerzas del ejército invasor muy en seguida de la entrada de éste en la Capital de la República.

En un periódico que tuvimos la honra de dirigir, estampamos las

siguientes líneas referentes al desgraciado acontecimiento á que estamos aludiendo, y como allí está consignada la relación exacta de él, juzgamos oportuno el reproducirlo, y dice así:

"Terminaba el año 1863 en medio de los horrores de una lucha promovida arteramente por el pequeño Napoleón: las fuerzas de la Francia habían invadido una gran parte del país, haciendo excursiones á varios puntos, entre los que debe contarse como de los primeros, por su abnegación y patriotismo, la poética ciudad de Zacatlán, cuna de muchos héroes, baluarte de la independencia, y donde tuvo verificativo el episodio que pasamos á referir.

Empezaba á amanecer.

Era una hermosa mañana de Octubre del año referido, de esa estación en que el Otoño ostenta su esplendor, como el postrimer saludo de la Naturaleza que se prepara á deponer sus brillantes atavíos, para vestir el blanco ropaje de la nieve y escarchas del triste y nebuloso Invierno.

Las campanas de algunos templos comenzaban á lanzar al viento sus voces metálicas, llamando á los fieles á la oración, cuando de súbito oyóse el tropel de un grupo de jinetes que hacía alto al frente de la casa cural: en este edificio, situado en el centro de la población, se hallaba establecida la Comandancia Militar, y servía también de habitación al jefe de las armas, Coronel Agustín Cravioto, jefe liberal que llegaba en ese momento acompañado de una pequeña escolta.

Entregó las riendas de su caballo al asistente que le servía, despidió á sus acompañantes y entró á descansar de las fatigas de la noche anterior, pasada en vela, pues se tuvo noticia de un próximo ataque de los enemigos imperialistas.

Estos no se hicieron esperar: conocedores prácticos del terreno, audaces hasta la temeridad y en número más que suficiente, prevalidos de estas circunstancias y de la obscuridad, burlaron la vigilancia de la avanzada, ó como se dice en términos militares: *la coparon*; y por eso cuando el Coronel Cravioto, rendido de cansancio se entregaba á las delicias del sueño, bastante confiado, pues creyó fundadamente que á tales horas un ataque era imposible ya, varias detonaciones de armas de fuego disparadas casi en las puertas de la habitación,

le indicaron de una manera más elocuente los horrores de una sorpresa.

No teniendo fuerzas con que defenderse, pues la que existía á sus órdenes se hallaba en los alrededores de la población, que no se creyó conveniente defender; mirándose circunvalado y perdido, buscó su salvación ocultándose en alguna de las piezas de una casa contigua.

Descubierto por los asaltantes, fué aprehendido y llevado en medio de un grupo de traidores, para oprobio y mengua del nombre mexicano, y conducido á los bajos del Palacio Municipal, donde recibió con la altivez y estoicismo de un espartano los insultos y las diatribas de una chusma desenfrenada.

La captura del valiente soldado del pueblo, de ese hijo de las montañas, en cuyo corazón existía vivo y latente el fuego sagrado del patriotismo, llenó de placer y de satánica alegría á quienes más de una vez habían huído á su presencia: se reunieron en conciliábulo á pocos pasos de la víctima, y ahí, en medio de los gritos y la algazara, resolvieron dar muerte al ciudadano animoso é intrépido combatiente.

Rodeado de una turba desenfrenada que acababa de entregarse al saqueo y á todos los excesos de la más repugnante orgía, emprendió el camino que debía conducirle al lugar del sacrificio: su entereza y resolución, su actitud noble y digna, impusieron respeto á sus verdugos, que tuvieron ocasión de ver y admirar lo grande y heroico de aquella alma republicana.

Llegado al sitio que debía recibir su último suspiro, se le intimó que se arrojara para recibir la muerte, á lo que no accedió, manifestando con una voz vibrante y enérgica: *que los que defendían á su patria y derramaban su sangre por ella, no debían arrodillarse ante los que la deshonoraban y vendían*; palabras dignas de un héroe, que la historia debe recoger y guardar en sus fastos imperecederos; acentos de una magia fascinadora, de un ascendiente irresistible para los hombres que aman la libertad y rinden culto al patriotismo.

Alguno de los verdugos, temiendo que el martir siguiera hablando, tuvo miedo á esos acentos que la solemnidad de la muerte hacía más respetables y disparó su arma sobre la boca que acababa de preferirlas: incontinentí, oyóse una fuerte detonación, y cuando el aire disipó el humo de la descarga vióse un cuerpo tirado en el suelo, que

se agitaba aún en las convulsiones de la agonía y que yacía cubierto de sangre.

La turba sacrificadora volvió á su guarida, y un poco después algunas gentes piadosas recogieron el cadáver y lo condujeron para el interior de la ciudad á fin de darle sepultura.

Así acabó la vida del malogrado Coronel Agustín Cravioto.

Muerto en la flor de su edad, cuando todo halaga y sonríe en derredor, su vida debe considerarse como una ofrenda preciosa, ofrecida por un mártir en el altar augusto de la patria.

Ardiente liberal, se consagró desde su juventud al servicio de la buena causa: originario de esas montañas cuyos ecos han repercutido tantas veces á los mágicos acentos de *Patria y Libertad*, siempre se le vió al lado de los hijos del pueblo, con quienes compartió sus reveses y sus glorias, sus pesares y sus alegrías.

Actor en la guerra de Reforma, defensor de la plaza de Puebla durante el memorable asedio de 1863, impuesto por el ejército de la Francia; soldado de la democracia, su ideal fué siempre el triunfo de las instituciones republicanas, de esas instituciones queridas que en un porvenir más ó menos lejano harán la felicidad de México, y que constituyen en el día el más bello timbre de la civilización.

Sencillo, modesto hasta después de la muerte, nada hay que señale el lugar donde se consumó su sacrificio; ni un monumento, ni una señal, ni nada de eso que el orgullo y la vanidad mundana en su sed de goces y en su insensato desvarío consagran muchas veces al vicio triunfante, al crimen odioso, á la adulación rastrera; nada, repetimos, indica el lugar donde fué ejecutado; pero en cambio, existe vivo é intenso el sentimiento de la gratitud y el cariño, de la admiración y el respeto hacia quien supo morir como bueno, defendiendo la autonomía nacional; existe la historia que consigna en sus páginas imperecederas las acciones y los hechos de los hombres esclarecidos que, como el Coronel Cravioto, han sabido ser buenos patriotas, liberales sin tacha y excelentes ciudadanos.

La muerte del Coronel Cravioto causó honda sensación entre sus compañeros de armas, pues el finado era un liberal sincero, amante decidido del progreso y defensor incondicional de la independencia de la patria.

Dueño de una gran fortuna, abandonó ésta y las comodidades y goces que proporciona, por seguir las inspiraciones de su alma esencialmente republicana, y sucumbió mártir de sus ideas, que defendió con entereza y brío en los campos de batalla.

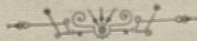
La ciudad de Huauchinango, de donde fué originario, le hizo suntuosos funerales, pronunciando una hermosa y patética oración fúnebre en el acto solemne de la inhumación, el ameritado liberal tlaxcalteca C. Miguel Lira y Ortega, orgullo de la patria de Xicotencatl, y que en unión de otros muchos de sus compatriotas, abandonando familia, intereses y hogar, defendía la libertad y la independencia de México en las risueñas y legendarias montañas de la Sierra Norte del Estado de Puebla.

El señor Iglesias, el juicioso é insigne escritor, consagró á nuestro héroe las siguientes líneas que copiamos del tomo 2º de sus interesantes "Revistas," y que como una humilde ofrenda de nuestra admiración, colocamos como digno epitafio en la tumba del málogrado montañez.

Hélas aquí:

"El período que comprende esta revista (noviembre á diciembre de 863), señala entre las pérdidas más lamentables de los buenos hijos de México, la del valiente Coronel Cravioto, fusilado en Zacatlán; la del inteligente y patriota periodista Florencio M. del Castillo, llevado á Ulúa para ser deportado á la Martinica, y la del ilustre Comonfort, sacrificado al ir á batirse con los invasores.

"Deploramos esas calamidades públicas; conservemos en nuestros corazones, como una esperanza y un consuelo, la tierna memoria de los que han muerto por México; y no olvidemos, al recorrer la vía dolorosa que nos va trazando el destino, que esas tumbas son las piedras miliare del camino de la inmortalidad; el pedestal sobre que ha de asentarse, firme é indestructible, la Independencia de la patria."



CAPITULO XXXIV.

El Gobierno legítimo en el Interior de la República.—Disposiciones importantes que dicta.

—Proclama del Presidente Juárez.—Actitud digna que asume.—La Regencia recibe su poder de la "Junta de Notables".—Artículo de Barrés comentando é interpretando un proloquio vulgar.—Carta de Forey aprobando la opinión del escritor francés.—Ley de inquilinato expedida por la Regencia.—El Gral. Llave.—Es asesinado por su escolla.—Honos que se le tributaron.—Traslación de sus restos á Orizaba.—Ovaciones.—La Regencia nombra una comisión que lleve al Archiduque el voto de la "Asamblea de Notables," y el voto de gracias á Napoleón.—Personas que la formaron.—Detalles de la excursión, y del acto de la presentación.—El Padre Miranda.—Juicio de ese corifeo de la Intervención, hecho por un periódico de Puebla.—Causas que determinaron á Forey á no emprender desde luego la campaña del Interior.—El ejército francés celebra el aniversario del 15 de Agosto.—Diversos hechos de armas.—Terrible providencia dictada por Forey en contra de la ciudad de Tlálpam.

Llegado que hubo el Supremo Gobierno Constitucional á la ciudad de San Luis Potosí, su jefe, el abnegado Juárez, hizo oír desde luego su valiente voz á la Nación por medio de un patriótico Manifiesto, en el que resaltaban el entusiasmo y la perseverancia para continuar la lucha, y la fe más viva en el triunfo definitivo de la causa que sostenía la República.¹

¹ Decía el señor Juárez en ese importante documento:

"Reconcentrado el enemigo en un punto, como ahora, será débil en los demás, y disminuido, será débil en todas partes. El se verá estrechado á reconocer que la República no está encerrada en las ciudades de México y Zaragoza: que la animación y la vida, la conciencia del derecho y de la fuerza, el amor á la Independencia y á la democracia, el noble orgullo sublevado contra el inicuo invasor de nuestro suelo, son sentimientos difundidos en todo el pueblo mexicano, y que esa mayoría sujeta y silenciosa, en cuyo levantamiento cifraba Napoleón III el buen éxito y justificación del mayor atentado que ha visto el siglo XIX, no pasa de una quimera inventada por un puñado de traidores.

"Se engañaron los franceses creyendo enseñorearse de la Nación al rumor solo de sus